

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

Eco mes . . . . . 8 rs.  
Trimestre . . . . . 21.

FUERA DE ELLA.

Trimestre . . . . . 30.

NÚMEROS SUELTOS  
DEL ECO UN REAL.**EL ECO****DE CARTAGENA.**

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO

CARTAGENA ILLUSTRADA

Trimestre. 28 rs.

Fueraid. . . 34.

NÚMEROS SUELTOS

de Cartagena Ilustrada 2 rs

Puntos de suscripcion.

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24.

(SEGUNDA EPOCA.)

Madrid y Provincias

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

**Viernes 19 de Marzo.****El Eco de Cartagena.**El buen camino  
para fomentar la agricultura.

Antiguamente se ha cantado con el tono mas dulce de la égloga las incomparables excelencias de la vida campestre; entre los modernos, menos aficionados al sentimentalismo, se ha ponderado con grandes variaciones la indisputable importancia de la industria agrícola.

Háse llamado á la agricultura la madre de todas las industrias; repetidamente se le ha calificado como el primer elemento de riqueza y fuerza de las naciones, y hasta ha habido respetables sábios que han pretendido descubrir el origen de la decadencia social de poderosos pueblos en el esquilamiento de sus terrenos.

Físicos y economistas han convergido frecuentemente en sus opiniones hácia el mismo objetivo, respecto á la importancia general de la agricultura; pero siempre se ha divagado mucho acerca de su estado y sobre los medios regeneradores del cultivo.

¡Cuántas lamentaciones respectivas á su atraso, y cuántas recetas para impulsar el desarrollo de la agricultura! Unos buscan completa regeneración en aclimatar una ó varias especies vegetales nuevas; otros pretenden imposibles milagros de tal ó cual instrumento ó máquina de cultivo; abundan los que reducen todo el problema de la producción agrícola á meras combinaciones químicas de los abonos, y no faltan tampoco los aficionados á la hidroterapia que, mediante un baño general en el territorio, piensan convertir á España entera en un bonito huerto ó acaso, en un moderno paraíso.

No hablemos, sin embargo de los que han creído hallar en el Ailanthus nueva palanca de Arquímedes para levantar la agricultura; ni de los que han afirmado fornalmente

que el Eucaliptus salvaria al país de una gran catástrofe; mucho menos aun de los partidarios del sistema selvático, que se figuran gravísima desgracia no fuera hoy la Península un espeso bosque, cubierto acaso de alcornoques poblado de animales montaraces; muchos menos hemos pensado referirnos á la nueva homeopatía agrícola de los «polvitos» fertilizadores, capaces de aumentar muy considerablemente aquellos rendimientos cereales de ciento por uno, de que dá noticia la geonimia antigua. Estas elucubraciones caen por sí mismas bastante pronto, desde la gran altura á que quisieron elevarse los trasnochados pensadores, y no exigen seria refutación.

Cierto es que las exageraciones han hecho bastante daño á los dos apreciados árboles citados el Ailanthus y el Eucaliptus, los cuales en los límites racionales de su utilidad, merecen consideración; exacto también que la monomanía forestal ha perjudicado que se comprenda, como debe comprenderse, la estimación que merecen todos los árboles y la necesidad del monte en la cúspide de nuestras sierras y en los terrenos inaprovechables para el cultivo, es desviarse de ponderar en extremos inconvenientes el empleo de los abonos químicos, que pueden prestar servicios indudables á la agricultura, siempre que no se aleje este sistema de una prudente base de fertilización por medio del estiércol.

En lo demás, es fácil comprender que ni los riegos, ni los abonos, ni las máquinas, ni la introducción de nuevas especies vegetales ó animales pueden aisladamente, sin concurrir como partes de un sistema bien meditado, llegar á conseguir gran éxito cultural. Antes por el contrario, la eficaz influencia de tan importantes medios de producir se pone en gran riesgo de descrédito cuando se pretenden resultados superiores á las naturales consecuencias de dichas mejoras.

En el estado de despoblación de España, si fuera posible contar con estensas superficies regables, ¿podría sacarse de estas el resultado sufi-

ciente para pagar desde luego los intereses del capital de explotación necesario? ¿Afluirían inmediatamente los capitales al cultivo para obtener menos beneficio de lo que hoy rinden los préstamos y la renta pública? Aunque la población inmigrase rápidamente y afluyeran los capitales, ¿existen medios de proporcionarse toda la gran masa de abonos necesarios á un regadío de gran extensión? ¿El éxito de los mejores abonos compensa siempre con sus productos los mayores gastos de cultivo, cuando su aplicación es incierta, rutinaria, ó sujeta á fórmulas generales, sin que concurren un buen laboreo del terreno, dentro de la armonía de un sistema preferente de explotación?

Las máquinas, por otra parte, sin el concurso de estiércol y otros abonos, ¿pueden tampoco dar á los terrenos la riqueza asimilable necesaria para aumentar el rendimiento de las cosechas? ¿Cómo, por otra parte, pretender con la introducción de algunas nuevas plantas mayor resultado del que ofrezca la influencia particularísima de su cultivo?

Los hechos agrícolas se eslabonan todos unos contra otros de modo análogo que los órganos de un mecanismo cualquiera. La supresión de una pieza esencial detiene el movimiento en la máquina; su mala colocación la entorpece, por lo menos. En el completo mecanismo del cultivo hay tantas piezas influyentes de modo esencialísimo, que es arriesgado alterar la armonía del concurso sin razonado examen y gran meditación.

Y hay que observar que en este estudio analítico, de índole tan variable, no suelen decir gran cosa el mejor criterio y la mas perpicaz sagacidad, si no concurren á esclarecer los hechos algunos conocimientos científicos indispensables.

Es fenómeno extraño ciertamente que la apreciación vulgar niegue á la ciencia agronómica el interés trascendental que sin dificultad se atribuye á la medicina ó á la arquitectura. Los mas refractarios á las

ciencias conceden, sin embargo que son necesarios ciertos estudios metódicos para llegar á poder llamarse médico ó arquitecto; pero defienden, en cambio, con la mas «cándida buena fé» que se puede ser agrónomo con solo saber arar, ó lo que es lo mismo, con haberse criado en un cortijo, tomando costumbre de sus principales faenas.— Siempre el tema, del rutinismo inconsciente, ó falo sumo, del «oficio» del cultivo, sin aspirar nunca á mayor categoría.

Bajo la inflexible lógica de semejante criterio debía pensarse que para proyectar y dirigir un edificio cualquiera la mayor competencia debe hallarse en algun viejo oficial de albañilería, con muy larga práctica en su oficio.—Y de modo análogo, tampoco nos esplicamos por qué se recurre en los partos al cirujano comadron, cuando mayor idoneidad debe presumirse en la práctica local que posea el padre de la criatura.

La comparación de la agronomía con la medicina ó la veterinaria es, sin duda, la mas perceptible, por la gran analogía de bases científicas.—Para dominar el conocimiento de las alteraciones patológicas en los animales, el veterinario, como el médico, necesitan haber estudiado profundamente toda la organización y funciones de la vida animal, las influencias que determinan su evolución, nutrición y modificaciones, y la diversa acción de las sustancias que pueden emplearse como medicamentos.

De igual suerte el agrónomo, para criar y multiplicar convenientemente las plantas, elegir sus condiciones vitales mas favorables y obtener de ellas máximas producciones, necesita haber adquirido un perfecto conocimiento de la vegetación, de sus leyes é influencias esternas, poniendo en juego cuantos medios sugiere la química, la fisiología y la mecánica para realizar el mas pingüe beneficio.

Delicadísima é importantes cuestiones químico-fisiológicas surgen á cada paso en el cultivo; árdos problemas económicos tiene tam-